

Diarios

EPÍLOGO

Iñaki Uriarte

HACEN BROMAS sobre la abundancia de fotos y vídeos de gatos en Internet. Yo pienso en la capacidad de supervivencia y multiplicación de estos animales que han conseguido aprovechar en su favor hasta la última de las nuevas tecnologías.

Dice Burroughs en su conmovedor libro *The cat inside* que los gatos no fueron domesticados en el Antiguo Egipto para cazar los roedores que se comían el trigo almacenado en los silos, sino como «compañeros psíquicos», animales cuya sola presencia aumentaba el bienestar emocional de los humanos. Y ahí siguen.

CLASE DE FÍSICA. En cuanto oigo hablar de la cultura del esfuerzo me acojo a la madre naturaleza. Incluso durante el mayor de los temporales, ella sigue siempre la ley del mínimo esfuerzo.

«TU MUJER ESTARÁ PREOCUPADA POR LO DE X», me ha dicho el peluquero. Al principio no he sabido a qué se refería. Pero enseñada me he dado cuenta. «No. Por lo que está preocupada es por los problemas del Centro Niemeyer de Avilés». X es un futbolista asturiano que tuvo una lesión grave. Y como María es asturiana, el peluquero ha debido de pensar que estaría sufriendo algún tipo de conmoción psicológica por la mala suerte del jugador. María

no ha visto un partido en su vida y no se encuentra afectada por la pandemia actual de fútbol. María goza de la bendita inmunidad de aquel Ezkerra que un día de no hace tanto tiempo me preguntó, como a escondidas: «Oye, dime una cosa, ¿qué es exactamente un penalti?». O de aquel Borges que fue a un partido de fútbol con su amigo Enrique Amorim y se marcharon a casa al terminar la primera parte porque no sabían que hubiera una segunda.

PROVERBIO NO ÁRABE.

«Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar a tu enemigo en un Ferrari».

«AHORA VOY A DORMIR UN POQUITO MÁS». Se dio la vuelta en la cama y ya no despertó.

«Auar fader ju ar in jeben, jalou vidai neim, dai kindon cam, dai uil bi dan...». Así nos lo enseñó esta guapísima neoyorquina cuando casi no sabíamos ni hablar.

NO ME APETECÍA estar en casa ni estar en la calle. Hubiera pasado el día en el ascensor.

«¿HA SENTIDO A VECES EL LECTOR que pasó su vida entera como preparándose para defender una tesis de doctorado?», pregunta el narrador de *La soledad del lector*, de David Markson. Pues sí, a veces sí. ¿Qué miembro de qué tribunal ha dicho que yo tenía que haber visitado esa exposición sobre el arte ruso que lleva va-

rios meses en el Guggenheim, a trescientos metros de mi casa, y he visto con gran alivio que por fin clausuraron ayer?

EL AMOR A LA VIDA. Pero como el amor que padecen los afectados por el síndrome de Estocolmo o algunas mujeres maltratadas, que puede ser lo intenso y apasionante que se quiera. O como aquello del viejo chiste judío que cuenta Woody Allen al principio de *Annie Hall*. Están dos hombres sentados a la mesa de un restaurante y uno dice: «La comida de este sitio es espantosa». Y el otro asiente: «Sí, y además las raciones son pequeñísimas».

LA GRANDEZA DE S.

A la salida del funeral, que había sido multitudinario, María y Jose hablaban de él con lágrimas en los ojos. «Y pensar que a más de la mitad de los que están aquí les debía dinero», dijo Jose.

RÁVENA. Lo primero que hice al entrar en la habitación del hotel fue examinar con atención el suelo. El día anterior, en Siena, choqué con la pata de una cama y me di un batacazo. Nunca me había caído así. Menos mal que la vi venir desde el principio y fue una caída magnífica. Desde el primer momento supe lo que iba a pasar y me dejé ir con una rotación del cuerpo que me hizo sentir como un portero de fútbol. Casi no me hice daño y después no me dolió ningún hueso. María no se enteró porque estaba en la ducha. Ahora pienso que me he caído muy pocas veces en mi vida, al menos de mayor. Recuerdo aquella vez en que P., a la salida del colegio, durante una riña en el paseo de la Concha, me tiró al suelo de un empujón con una facilidad que me dejó pasmado. No me he